

Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 07.09.2011

Ayer vimos que la comunidad debería ser el instrumento que Dios nos ofrece para salir del gris de la murmuración, del descontento que se opone a la afección preferencial por Cristo, que es el corazón de nuestra vocación. Busquemos profundizar este tema, porque me parece urgente para la vida de nuestras comunidades. A menudo, en las comunidades hay mucha murmuración y crítica, y, por lo tanto, mucho descontento, que provoca más murmuración y descontento. El descontento, la insatisfacción, es dura de llevar y afrontar, tanto para los superiores como para la comunidad. Sin embargo, como decía ayer, a menudo la murmuración es fruto de no sentirse amados. Pero a uno que murmura, que está descontento, que frunce el ceño, se le ama menos aún, y el círculo se va haciendo cada vez más vicioso: quien no se siente amado, está descontento, y quien está descontento no es amado, y, por tanto, se hace aún más descontento, y menos amado...

San Benito pide afrontar y romper esta dinámica infernal y sugiere cómo proceder. Pide al abad y a la comunidad favorecer conscientemente la alegría de los unos para los otros. Sobre todo, como vimos ayer, ofreciendo la ayuda y el sostenimiento fraterno que impidan a las circunstancias llegar a ser causa de murmuración. Pero, sobre todo, pide a cada uno la conciencia de que la alegría del hermano, de la hermana, es algo importante para todo el cuerpo de la comunidad. San Benito tiene la conciencia de que la tristeza mata, sofoca, y un hermano que se ahoga en la tristeza es un miembro del cuerpo que muere y, por lo tanto, el cuerpo muere un poco con él. En el capítulo 27, sobre la solicitud que el abad debe tener en las relaciones con los hermanos excomulgados, san Benito pide al abad que promueva un movimiento de consolación discreta del hermano culpable, y esto para que estos “no se vean absorbidos por una excesiva tristeza – *ne abundantiori tristitia absorbeatur*” (27,3). La tristeza es como un remolino en un lago profundo que “absorbe” a una persona hasta ahogarla.

San Benito está convencido de que la caridad comunitaria es más fuerte que este remolino. Para él, el abad y los hermanos deben ser, para quien está hundiéndose en la tristeza, como Jesús que camina sobre las aguas y tiende la mano a Pedro y lo salva (cfr. Mt 14,30-31).

Pero el deber de la comunidad no es solo el de salvar a quien se está hundiendo y ahogando, sino el de favorecer constantemente la alegría de los unos y de los otros.

Esto, como hemos visto, sobre todo, con la ayuda recíproca. Por ejemplo, todos harán el servicio de la cocina, pero “a los más débiles se les dará ayuda para que no lo hagan con tristeza” (35,3)

Después pide a cada monje que no se entristezcan cuando falta alguna cosa o reciben menos que los otros (cfr. 34,3; 48,7; 54,4).

Donde más insiste en este tema es en el capítulo 31, sobre el cillerero del monasterio, al que por tres veces recomienda no entristecer a los hermanos. Podríamos preguntarnos por qué san Benito concentra este tema en este capítulo, cuando podría reclamar lo mismo en otros ámbitos y encargos de la vida de la comunidad. Quizá porque el cillerero, el ecónomo, estando encargado de la gestión de la vida comunitaria en el aspecto material, corre mayor riesgo que los demás de olvidar que lo más importante en una comunidad no son las cosas que se dan y se reciben, sino la relación personal dentro de la cual el “comercio” de las cosas no es lo sustancial.

La relación, la comunión, es siempre el bien principal que debemos intercambiar entre nosotros, también cuando nos damos o no nos damos las cosas, los bienes. Además, en el monasterio, como en la sociedad, estamos tentados de olvidarlo y de dar, en la práctica, más importancia a los bienes, al trabajo, a los servicios que nos intercambiamos, o debemos intercambiarlos, que a la relación entre nosotros, que es esencialmente fraterna.

“Fratres non contristet – no entristezca a los hermanos” (31,6), es, por lo tanto, la recomendación esencial que Benito hace al ecónomo. Y enseguida remacha: *“Si un hermano le hace una petición poco razonable, no lo entristezca despreciándolo”* (31,7). Y al final del capítulo, Benito resume todo diciendo: *“Dese lo que se deba dar y pídase lo necesario en las horas determinadas para ello, para que nadie se perturbe ni disguste en la casa de Dios”* (31,18-19).

Estas indicaciones no pueden corresponder solo al cillerero, sino que son una regla que concierne a todas las relaciones fraternas en comunidad y fuera de la comunidad. Somos responsables de la alegría y, por lo tanto, del corazón, los unos de los otros. Porque lo que nos une es la fraternidad que Cristo ha creado entre nosotros muriendo en cruz para darnos su vida, su vida de Hijo del Padre. Además, no solo el monasterio, sino que toda la humanidad es la “casa de Dios”, la casa del Padre en la que ninguno debe estar turbado y triste. Asimismo, la turbación y la tristeza del hermano me conciernen. Ser la causa de esto es la traición más grave que puedo hacer a Aquél que ha derramado su sangre para reunirnos en un solo Cuerpo. Y la peor forma de traicionar la fraternidad es el desprecio: *“No lo entristezcas despreciándolo”*. El desprecio quiere decir reducir al hermano a la cosa que pide, o a una actitud que tiene, por tanto, a una parte de su persona, y no mirarlo más por aquello que es a los ojos de Dios, eternamente.

Cuando en los encuentros se pierde el sentido de la responsabilidad de la alegría del otro, se pierde la relación personal, se pierde la comunión. Y, entonces, no desprecio ya solamente al hermano, sino a mí mismo: me reduzco a aquello que tengo, a aquello que doy o no doy, y, sobre todo, me reduzco al poder que ejerzo. Y es también por esto por lo que san Benito insiste, sobre todo en el capítulo 31, en la atención al corazón, a la alegría y a la tristeza de los demás, porque el ecónomo tiene un poder, un poder material, financiero, decisivo, y esto lo tienta siempre a aprovechar su posición para despreciar a quien debe recurrir a él.

Esto quiere decir que la alegría del otro debe convertirse en un deber prioritario en comunidad y con todos. A menudo pienso, y con cierto remordimiento, una frase de Madre Teresa de Calcuta: *“No sabremos nunca todo el bien que puede hacer una simple sonrisa.”* La sonrisa es precisamente la atención y la apertura de nuestro rostro y de nuestro corazón al corazón y a la alegría del otro.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.